

# Los sexolectos o la caracterización del discurso femenino en el ámbito grecolatino

M. Teresa Quintillà Zanuy  
 IES-SEP Guindàvols  
 c/ Eugeni d'Ors, s/n. 25196 Lleida  
 mquintil@pie.xtec.es

Data de recepció: 13/1/2004

## Resumen

Son muchos y variados los testimonios antiguos que sugieren que hombres y mujeres tenían características discursivas propias. El estudio del discurso de los personajes de la literatura dramática grecolatina demuestra que no se trata únicamente de un estereotipo y que efectivamente existían mecanismos caracterizadores del discurso femenino en griego y en latín, como son el uso discriminado de juramentos, interjecciones, formas de cortesía, interpelaciones afectivas y términos enfáticos.

**Palabras clave:** etnolingüística, teatro, griego, latín.

## Abstract. *Sexolects or the Characterization of Female Speech in the Greco-Latin World*

There are many and various old proofs that suggest that men and women had discursive characteristics of their own. The study of the speech of the characters of the Greco-Latin dramatic literature shows that this is not just the case of a stereotype and that in fact mechanisms which are characteristic of the female speech existed in Greek and Latin. These are the cases of the discriminated use of oaths, interjections, forms of courtesy, emotional questions and emphatic terms.

**Key words:** Ethnolinguistics, theater, Greek, Latin.

## Sumario

- |                                 |   |
|---------------------------------|---|
| I. Introducción                 | IV. El discurso femenino en el género dramático |
| II. Testimonios antiguos        | V. Conclusiones                                 |
| III. Textos de autoría femenina |   |

## I. Introducción

Son dos los aspectos que suelen ser analizados cuando se aborda la cuestión de las diferencias sexuales en relación con el lenguaje: por un lado, el problema de las diferencias sexuales en el uso de la lengua y las variedades lingüísticas que resultan de dicha diferencia («los sexolectos», donde se distinguen dos variantes: el

masculinolecto y el femeninolecto); y, por otro, el problema de la desigualdad de trato lingüístico de las personas en función de su sexo («el sexismo en la lengua»). Las reglas sexo-sociolingüísticas que configuran el femeninolecto tienen dos finalidades sociales principales. Por una parte, identificar la mujer con su rol sexo-social; por otra, marcar el rol-*status* femenino respecto de sus interlocutores.

Podría pensarse que el reconocimiento de variantes lingüísticas según la condición sexual del hablante es un objeto de estudio fruto de la sensibilidad de la lingüística moderna<sup>1</sup>. Sin embargo, la teoría del uso diferente que de la lengua hacen hombres y mujeres no es nueva y, como veremos, ya se barajaba en Grecia y Roma. La cuestión que se plantea en el presente artículo es, en primer lugar, si es oportuno hablar de la existencia de un femeninolecto en griego y en latín y, si es así, determinar qué rasgos lo caracterizaban.

Como ya apuntó en su día M. Guilleland<sup>2</sup>, son evidentes las dificultades para alcanzar un conocimiento preciso sobre la naturaleza de la manera de hablar de las mujeres en griego y en latín, y quizá sea éste el motivo del poco interés en general despertado por la cuestión entre los investigadores de estas lenguas antiguas, aunque existen algunos estudios específicos sobre el tema de gran interés y que el presente artículo tratará de repasar para obtener una visión conjunta del estado de la cuestión.

Aunque algunos investigadores abordan el asunto en general, a modo de apunte anecdótico o como punto de partida para un estudio de más profundidad<sup>3</sup>, el análisis del femeninolecto en Grecia y Roma se ha basado esencialmente en el estudio del género dramático<sup>4</sup>.

1. Cf. la bibliografía citada en KEY, M.R. (1975). *Male/Female Language, with a Comprehensive Bibliographie*. Metuchen N.J.; y en VILLENA, J.A.; ÁVILA, A.M. (1999). «La disolución cultural del sexo», en FERNÁNDEZ, M.<sup>a</sup> D.; MEDINA, M.<sup>a</sup> A.; TAILLEFER, L. (eds.). *El sexismo en el lenguaje*. I. Málaga, p. 107-142.
2. GUILLELAND, M. (1980). «Female Speech in Greek and Latin». *AJPh* 101, p.180-183.
3. LIDA, M.<sup>a</sup> R. (1937). «La mujer ante el lenguaje. Algunas opiniones de la antigüedad y del renacimiento», *Boletín de la Academia Argentina de letras* 5, p. 237-248; TAGLIAVINI, C. (1937). «Modificazioni del linguaggio nella parlata delle donne», *Scritti in onore di Alfredo Trombetti*. Heoplí, p. 87-142 (especialmente, p. 90). Ya en el ámbito de la lengua griega y latina, se ha ocupado del tema de forma panorámica el ya mencionado M. Gilleland (1980) en un breve pero interesantísimo artículo.
4. En lengua griega sobre la comedia ática, tenemos los trabajos de BAIN, D. (1984). «Female Speech in Menanders», *Antichthon* 18, p. 24-42.; y SOMMERSTEIN, A.H. (1995). «The language of Athenian women», en DE MARTINO, F.; SOMMERSTEIN, A.H. (eds.). *Lo spettacolo delle voci*. Bari, p. 61-85. De la tragedia griega, en concreto de las obras de Eurípides, se han ocupado RABINOWITZ, N.S. (1987). «Female Speech and Female Sexuality: Euripides' Hippolytos as Model». *Helios* 14, p. 127-140; y MACCLURE, L.K. (1995). «Female Speech and Characterization in Euripides», en DE MARTINO, F.; SOMMERSTEIN, A.H. (eds.). *Lo spettacolo delle voci*. Bari, p. 35-60. En lengua latina, los estudios se han limitado a la comedia; así contamos con el breve pero intenso artículo de REICH, V. (1933). «Sprachliche Charakteristik bei Terenz». *Wiener Studien* 51, p. 72-94, en el que el autor analiza los comentarios de Donato al texto de Terencio en relación al femeninolecto, y el excelente y exhaustivo estudio de ADAMS, J.N. (1984). «Female Speech in Latin Comedy». *Antichthon* 18, p. 43-77, sobre la caracterización del discurso femenino en las comedias de Plauto y Terencio.

Como ya hemos dicho, para abordar el tema de la caracterización del discurso femenino en latín y griego, hay que plantearse ante todo una cuestión inicial; a saber, si entre los antiguos existía la conciencia de la existencia de un feminolecto, hipótesis que — como veremos — parece confirmada por los testimonios conservados. Constatada esta premisa, se plantea la segunda cuestión, a saber, determinar las características del feminolecto, y dicha labor puede orientarse en dos direcciones: por una parte, el análisis de la producción textual de autoría femenina; y, por otra, el análisis del discurso asignado a los personajes femeninos de la literatura en general y de la dramática en especial.

Ahora bien, como advierte muy sagazmente Adams (1984: 43), hay que distinguir no sólo entre lo que se creía que las mujeres decían y lo que decían en realidad, sino también entre lo que se suponía que debían decir y lo que decían de hecho, es decir, entre los estereotipos (falsos en muchos casos, o en cualquier caso imprecisos), las prescripciones (siempre androcéntricas) y la realidad objetiva. Sin embargo, no podemos obviar ni el estereotipo ni la prescripción para acercarnos a la realidad del discurso femenino en el caso de las lenguas antiguas, debido precisamente a la dificultad de conocer con exactitud cómo hablaban en realidad las mujeres de aquella época. Como en la mayoría de cuestiones, nuestro conocimiento es indirecto, a través de cómo los autores (hombres en la casi totalidad de casos) consideraban que hablaban las mujeres y, más sutilmente, cómo creían que debían hablar.

## II. Testimonios antiguos

Los testimonios antiguos de los que disponemos (todos de autoría masculina) nos dan a conocer reglas prescriptivas y estereotipos populares relacionados con el feminolecto. Según se desprende de éstos, las mujeres hablaban un latín (o un griego) más arcaizante y conservador, tenían predisposición por pronunciaciones afectadas, eran (o debían ser) más recatadas en su forma de expresarse, adoptaban expresiones del lenguaje infantil, usaban profusamente juramentos, hablaban demasiado, abusaban del circunloquio y tendían a un discurso eminentemente emotivo (unas veces lisonjeras y cariñosas, otras autocompasivas y quejasas). Veamos algunos ejemplos.

La arraigada creencia de que las mujeres hacían un uso más arcaizante y conservador de la lengua aparece ya en el *Crátilo* (418c) de Platón:

[Habla Sócrates.] Ya sabes que nuestros antepasados empleaban mucho la *iota* y la *delta*, y sobre todo las mujeres, que son precisamente las que conservan la lengua primitiva (αἱ γυναῖκες, αἴπερ μάλιστα τὴν ἀρχαίαν φωνὴν σφῆζουσι).

D. Bain (1984: 28) toma éste como el primero de los pasajes de la literatura griega que ilustra la creencia de que las mujeres hacían un uso más conservador y puro del lenguaje. Sin embargo, A. Sommerstein (1995: 82) cree que se debe matizar y corregir esta apreciación inicial. Según él, es muy probable que Sócrates tuviera razón al asociar pronunciaciones como las mencionadas en el pasaje del

*Crátilo* a las mujeres, pero se equivocaría al pretender, sobre la base de un prejuicio tradicional según el cual las mujeres eran vistas como especialmente conservadoras y reticentes a los cambios, que fuera una prueba de que estas pronunciaciones eran arcaicas; según Sommerstein, se trataría de todo lo contrario, es decir, serían innovaciones características del dialecto beocio hablado en el norte del Ática. Parece que las mujeres eran más propensas que los hombres a adoptar innovaciones por su posición de bajo prestigio, pudiéndose atribuir esta predisposición al hecho de que, aunque tanto varones como mujeres estaban igualmente expuestos a las presiones de innovación del habla coloquial, en el caso de los hombres dichas presiones innovadoras eran contrarrestadas por la influencia de la pronunciación estándar de prestigio en la escuela, la asamblea, los tribunales o el teatro, contrapartida que no existía en el caso de las mujeres.

A pesar de todo, la creencia de que las mujeres tienden a favorecer formas conservadoras y de prestigio reaparece en Aristófanes (*Ec.* 215-228):

[Habla Praxágora.] Digo que ellas valen más que nosotros y voy a probarlo: en primer lugar ni una sola de ellas deja de lavar la lana en agua caliente, siguiendo la costumbre antigua. No las veréis inclinadas a las novedades.

También en lo relativo al ámbito latino, en dos pasajes ciceronianos (*De Orat.* 3. 12. 45; *Brut.* 211), se afirma que las mujeres eran las que conservaban el latín con más pureza y propiedad. Marco Licinio Craso, uno de los interlocutores del *De oratore* de Cicerón, subraya el carácter arcaico del hablar de las mujeres:

*Equidem cum audio socrum meam Laeliam —facilius enim mulieres incorruptam antiquitatem conseruant, quod multorum sermonis expertes ea tenent semper, quae prima didicerunt— sed eam sic audio, ut Plautum mihi aut Naeuium uidear audire, sono ipso uocis ita recto et simplici est, ut nihil ostentationis aut imitationis adferre uideatur.*

Craso afirma que la manera de hablar de su suegra Lelia recuerda la de los antiguos poetas cómicos como Plauto y Nevio, una comparación que retoma Plinio (*Ep.* 1. 16. 6), cuando habla de su amigo Pompeyo Saturnino:

*legit mihi nuper epistulas; uxoris esse dicebat: Plautum uel Terentium metro solum legi credidi. quae siue uxoris sunt, ut adfirmat, siue ipsius, ut negat, pari gloria dignus, qui aut illa componat aut uxorem, quam uirginem accepit, tam doctam politamque reddiderit.*

En este sentido cabe destacar el comentario de Juvenal (6. 447-456) sobre el comportamiento lingüístico de las mujeres de clase alta, que leen libros de gramática y se obsesionan por hablar correctamente:

*non habeat matrona, tibi quae iuncta recumbit, / dicendi genus, aut curuum sermone rotato / torqueat enthymema, nec historias sciat omnes, / sed quaedam ex libris et non intellegat. Odi / hanc ego quae repetit uoluitque Palaemonis artem /*

*seruata semper lege et ratione loquendi / ignotosque mihi tenet antiquaria uersus / nec curanda uiris. opicae castiget amicae / uerba: soloecismum liceat fecisse marito.*

En cuanto a la idea de que existían peculiaridades femeninas de pronunciación, se dice con insistencia que las mujeres suelen tener una pronunciación afectada (cerrando la boca y recortando las palabras):

*Ov. Ars 3. 293-296: quid, cum legitima fraudatur littera uoce / blaesaque fit iusso lingua coacta sono? / in uitio decor est, quaedam male reddere uerba: / discunt posse minus, quam potuere, loqui.*

San Jerónimo (*Epist.* 22. 29) advierte contra la pronunciación artificial afectada de algunas damas. Se habla de *dimidiata uerba*, en el sentido de tartamudeo, efecto que conseguían con los dientes apretados o con los labios relajados (*dissolutus*). El hecho era que las palabras no llegaban a su término a causa de una especie de pronunciación constreñida<sup>5</sup>:

*Non delumbem matornarum saliuam delicata secteris, quae nunc strictis dentibus, nunc labiis dissolutis, balbuitentem linguam in dimidiata uerba moderantur, rusticum putantes omne quod nascitur.*

*Ier. Epist.* 107. 4. 6: *unde et tibi est prouidendum, ne ineptis blanditiis feminarum dimidiata dicere filiam uerba consuescas.*

Otro de los estereotipos discursivos femeninos es la idea de que las mujeres hablan demasiado deprisa. En este sentido se expresa Juvenal (6. 440 y s.), cuando describe la manera de hablar de una mujer sabihonda (*uerborum tanta cadit uis, / tot pariter pelues ac tintinabula dicas / pulsari*).

Son diversos los testimonios que aseguran que las mujeres tienen un discurso más recatado (consideración quizá más prescriptiva que real<sup>6</sup>), pues el lenguaje obsceno se considera impropio de ellas. En este sentido, A.H. Sommerstein (1995: 78) ha confirmado, tras el análisis de la comedia de Aristófanes y Menandro, que las mujeres, aunque hacían un uso más libre del lenguaje obsceno hablando entre ellas, lo evitaban totalmente en presencia de hombres. En *Lisístrata*, *Tesmoforias* y *Las asambleístas* —tres comedias protagonizadas por mujeres— aparecen un total de dieciséis términos obscenos en setenta y cinco pasajes, de los cuales vein-

5. Esta pronunciación, atribuida también al lenguaje infantil, nos remite a las reiteradas comparaciones entre el lenguaje de los niños y el de las mujeres (cf. Pl. *Aul.* 153; *As.* 505; *CIL VI* 15471; etc.).
6. Hay numerosos ejemplos del uso de obscenidades en el discurso femenino, aunque siempre en ocasiones «especiales» o en boca de personajes precisos. Así, Marcial (3. 68) nos presenta una mujer ebria que dice obscenidades, o en 3. 86 nos describe a una mujer aficionada a leer epigramas indecentes. Las mujeres no se quedan atrás en el uso de términos poco decorosos en el lenguaje amoroso (*Ov. Ars.* 3. 796: *nec taceant mediis improba uerba iocis!*) y en algunas ocasiones rituales (*Ov. Fast.* 3. 675 y s.); también los encontramos en boca de prostitutas (*Iuv.* 11. 172).

te corresponden a personajes femeninos y cincuenta y cinco a personajes masculinos. Y, si analizamos en detalle, se confirma que el uso de obscenidades por parte de personajes femeninos en presencia de hombres es siempre por razones argumentales — como, por ejemplo, para provocar una reacción masculina de cólera ante una norma que ha sido violada por las mujeres.

Además, el lenguaje indecente es considerado propio de una mujer de baja reputación y, como consecuencia, es una ofensa pronunciar palabras malsonantes ante una mujer «honrada». En Terencio (*Heaut.* 1041), Cremes no se atreve a pronunciar la palabra «prostituta» delante de su esposa Sóstrata argumentando: *pudet / dicere hac praesente uerbum turpe*. Incluso el uso de palabras y expresiones extranjeras por parte de las mujeres romanas es considerado también un signo de mal gusto, hasta el punto de que provoca la ira de Juvenal y de Marcial:

Iuv. 6. 184-199: *quaedam parua quidem, sed non toleranda maritis. / nam quid rancidius quam quod se non putat ulla / formosam nisi quae de Tusca Graecula facta est, / de Sulmonensi mera Cecropis? omnia Graece: / [cum turpe sit magis nostris nescire Latine.] / hoc sermone pauent, hoc iram, gaudia, curas, / hoc cuncta effundunt animi secreta. (...) non est hic sermo pudicus / in uetula. quotiens lasciuum interuenit illud / ζῶνὴ καὶ ψυχῆ, modo sub lodice relictis / uteris in turba.*

Mart. 10. 68: *Cum tibi non Ephesos nec sit Rhodos aut Mitylene, / sed domus in uico, Laelia, patricio, / deque coloratis numquam lita mater Etruscis, / durus Aricina de regione pater, / χάριέ μου, μέλι μου, ψυχῆ μου congeris usque, / pro pudor! Hersiliae ciuis et Egeriae. / lectulus has uoces, nec lectulus audiat omnis, / sed quem lasciuo strauit amica uiro.*

De los numerosos aforismos o dichos latinos que tienen como protagonista a la mujer, y que aluden al comportamiento lingüístico de ésta, temas recurrentes son, por una parte, la convicción de que el lenguaje de la mujer es indiscreto (pues ésta es incapaz de guardar un secreto) y, por otra, la idea de que el comportamiento lingüístico de la mujer corresponde a un «hablar por hablar», sin decir nada de interés, sobre temas que desconoce. De este prejuicio surgen juicios morales normativos sobre el comportamiento lingüístico ideal en la mujer, que consiste, precisamente en ser callada y discreta<sup>7</sup>.

Así, en Pl. *Aul.* 125, Eunomia, antes de dar su opinión a su hermano Megadoro, pide disculpas por su intromisión, consciente de la fama que ella y todas las de su sexo tienen de charlatanas y chismosas:

*Velim te arbitrari med haec uerba, frater, / mei fidei tuaique rei / causa facere [...] / quamquam hau falsa sum nos odiosas haberi; / nam multum loquaces merito omnes habemur, / nec mutam profecto repertam nullam ese / hodie dicunt mulierem ullo in saeculo.*

7. Más tarde, también San Pablo prohibirá a las mujeres hablar en la Iglesia (1 Cor. 14. 35 y 1 Tim. 2.11-12).

Y el esclavo Tracalión (*Rud.* 1114) explica al pescador Gripo por qué Palestra y Ampelisca están calladas (*quia tacita est melior mulier semper quam loquens*).

Esta misma premisa es la que domina en el elogio fúnebre de una tal Perusina (*CIL VI 37965, 11*), que cuenta entre sus virtudes proverbiales (belleza, fidelidad, pulcritud, etc.) la de ser «mujer de pocas palabras»:

*Hic Perusina sita est, qua non pretiosior ulla / femina de multis, uix una aut altera uisa [...] Fortis, sancta, tenax, insons, fidisima custos, munda domi, sat munda foras, notissima uolgo, / sola erat, ut posset factis occurrere cunctis; / exiguo sermone inrepressa manebat [...].*

Otra característica discursiva atribuida al feminolecto es el abuso del circunloquio y la tendencia a retardar el discurso (*tardiloquium*), observación que ya fue apreciada por Donato (*Ter. Hec.* 741: *imitatur hic et senile et femineum tardiloquium*).

Un rasgo más del discurso femenino destacado por los testimonios antiguos es su carácter eminentemente emotivo y su tendencia a la desmesura<sup>8</sup>. En este sentido, Bain (1984: 29) afirma que debía ser real la tendencia femenina a exagerar hasta la hipérbole cuando se trataba de expresar admiración (cf. Platón, *Men.* 99d). En la comedia se encuentra el uso de *θεῖον* («divino») por parte de una mujer con el significado de «extraordinario», ya sea bueno o malo (cf. *Men. Epit.* 433; y ps. *Pl. Alc.* 1.120 a-b). En cuanto al carácter emotivo del discurso femenino —lisonjero y cariñoso, en ocasiones, quejumbroso y autocompasivo, en otras—, es clara la opinión de Donato (*Ter. Ad.* 291, 4):

*proprium est mulierum, cum loquuntur, aut aliis blandiri [...] aut se commiserari [...] nam haec omnia muliebria sunt, quibus pro malis ingentibus quasi in aceruum rediguntur et enumerantur nullius momenti querelae.*

Idea sobre la que insiste en numerosos pasajes, algunos para destacar el carácter lisonjero<sup>9</sup>:

Don. *Ter. An.* 685, 1: *TV MODO ANIME MI N. T. M. mollis oratio et feminea multis implicata blandimentis. ait enim 'ut modo anime mi'.*

En otros, en cambio, se subraya la tendencia a la autocompasión y la queja (rasgo relacionado con el uso reiterado de juramentos y exclamaciones). En *Hecyra*

8. En este mismo sentido apunta un pasaje de *Anecd. Graeca II* de Bekker (Berlín, 1816), 855, según el cual a las mujeres les gusta el uso de diminutivos: *ὁ ὑποκορισμὸς ὄνομά ἐστι μικρότητος ἔμφραντικὸν καὶ κἀραις ἔοικας. λαμβάνεται δὲ ἔνεκεν τοῦ πρέποντος, ὡς παρ' Ἀλκμᾶνι <...> κἀραι γὰρ αἱ λέγουσαι (la cita de Alcmán se ha perdido). Y en *Anecd. Graeca Oxon.* IV de Cramer (Oxford, 1837), 273, se dice algo muy parecido: *γίγνεται δὲ τὰ ὑποκοριστικά ... ἢ διὰ τὸ πρέπον, ὡς παρὰ Ἀλκμᾶνι ἔχοντι τὰς παρθένους ὑποκοριστικῆς χρωμέναις λέξεσιν πρέπει γὰρ τοῦτο παρθένους.**

9. Don. *Ter. Ph.* 1005; *Eu.* 95, 2; *Hec.* 585, 3; 824; 353, 2.

la hetera Filotis se queja de un insoportable soldado, al cual tuvo que aguantar, la pobre, por espacio de dos años (Ter. *Hec.* 87: *biennium ibi perpetuom misera illu tuli*); a lo que Donato (Ter. *Hec.* 87, 2) comenta: *MISERA muliebris interpositio tò 'misera'*.

En efecto, Donato considera característico del habla de las mujeres quejarse y compadecerse de ellas mismas. En *Adelphoe* (291-2), la vieja Sóstrata grita desesperadamente: *miseram me! neminem habeo (solae sumus, Geta autem hic non adest)*. Donato comenta estos versos como exponente típico de la manera de compadecerse de las mujeres, exagerando desproporcionadamente las desgracias:

Don. 291 (2): *muliebritur queritur et ex perturbatione sua aestimans metu multa facit ea, quae pauca sunt. (4) Proprium est mulierum, cum loquuntur, aut alii blandiri ... aut se commiserari ... nam haec omnia muliebria sunt, quibus pro malis ingentibus quasi in acerbum rediguntur et enumerantur nullius momenti querelae.*

Constatada la primera premisa, a saber, la existencia o conciencia de la existencia de una manera de hablar peculiar o diferente de las mujeres (en relación con la de los hombres, considerada la norma), el estudio para precisar y determinar las características del feminolecto puede abordarse desde dos ámbitos; por una parte, el análisis de los escasos textos supervivientes (y de dudosa autoría, en algunos casos) de escritoras griegas y latinas; y, por otra, el análisis del discurso atribuido a los personajes femeninos de la literatura dramática especialmente, así como de las opiniones y comentarios de gramáticos antiguos sobre dichos textos.

### III. Textos de autoría femenina

La lógica hace suponer que sería ésta la vía más fructífera de acercamiento a la cuestión de la caracterización del discurso femenino en griego y en latín, es decir, el estudio del latín de las mujeres escritoras, y la que aportaría, en definitiva, mayores y más significativos datos sobre el asunto. Sin embargo, la práctica invisibilidad de la producción literaria femenina nos obliga a desestimar esta vía de acercamiento. En efecto, las obras compuestas realmente por mujeres y que han sobrevivido son pocas. En griego, poemas y fragmentos de siete poetisas<sup>10</sup>. En cuanto a las escritoras latinas, tenemos noticias seguras de unas treinta y tres mujeres escritoras<sup>11</sup>. Sin embargo, sólo conservamos textos originales de ocho de ellas,

10. Contamos con los poemas de Safo en el siglo VI aC, los nueve fragmentos de Telesilla del siglo V aC, los poemas de la beocia Corinna, contemporánea de Píndaro, y algunos poemas conservados de poetisas del período helenístico que aparecen en la *Antología griega*, como Erinna (tres epigramas del siglo IV aC), Moero (dos epigramas del 300 aC), Anyte de Tegea (veinte epigramas del siglo III aC) y Nossis (entre once y doce epigramas del III aC). Sobre estas poetisas, cf. WEST, M.L. (1978). «Die griechischen Dichterinnen der Kaiserzeit». *Kyklos*. Berlin-New York, p. 101 y s.; RAYOR, D. (1991). *Sappho's Lyre: Archaic Lyric and Women Poets of Ancient Greece*. L.A. California; (1993). «Korinna: Gender and the Narrative Tradition». *Arethusa* 26, p. 219-231.

11. Cultivaron géneros como la oratoria (Hortensia, Mesia y Carfania), la epistolografía (Cornelia, Servilia, Clodia, Pilia, Cecilia Ática, Terencia, Tulia, Publilia, Fulvia, Hacia, Octavia la Menor,



aunque en la mayoría de casos se trata de pequeños fragmentos<sup>12</sup>. En el resto de los casos, o bien se trata de resúmenes, paráfrasis puntuales, o simplemente noticias indirectas (sus interlocutores respondían a sus cartas, o se menciona que escribieron tal o cual poema, discurso, carta o autobiografía). Tal escasez de datos no permite, pues, hacer un estudio con resultados que resulten significativos para la caracterización del discurso femenino.

#### IV. El discurso femenino en el género dramático

Si bien los testimonios antiguos nos dan a conocer prescripciones y estereotipos populares relacionados con el feminolecto, la literatura dramática nos aportará datos quizá más objetivos, aunque no hay que perder de vista que la misión principal del autor dramático no era imitar la vida sino crear situaciones más o menos verosímiles que entretuvieran y divirtieran al espectador; no debemos olvidar que su misión era artística y lúdica, no sociológica.

Tanto Bain (1984), MacClure y Sommerstein (1995), para los autores griegos, como Adams (1984) para los latinos, concluyen que en la literatura dramática hay una voluntad clara de distinguir el discurso femenino del masculino. La trascendencia de esta voluntad de discriminar entre la manera de hablar de las mujeres y la de los hombres creo que debe medirse con el mismo rasero con el que medimos la voluntad de los autores dramáticos de distinguir entre amos y esclavos, entre esclavos de ciudad y de campo, entre jóvenes y viejos, entre dioses y mortales, etc. El drama se articula sobre personajes estereotipados y en estructuras bipolares: enfrentamientos dialécticos que son los que proporcionan la famosa tensión dramática que induce al espectador a reír o a llorar. Así pues, el dramaturgo antiguo, como el de cualquier época, conjugaba con mayor o menor fortuna la búsqueda de la verosimilitud (sin la cual quedaba sin efecto el referente) y las convenciones que exigía la *uis comica* o *tragica*.

Aunque el estudio de la comedia pueda resultar más jugoso en el tema que nos ocupa, no debemos olvidar que la tragedia también puede aportar datos que vengan

---

Julia, Livia Drusila, Claudia Severa, la emperatriz Julia Domna, Marcela, Paula y Eustoquia, Celantia, Fabiola, Furia y la emperatriz Flacila), el género autobiográfico (Agripina la Menor) y, por supuesto, la poesía (Memia Timothoe, Cornificia, Sulpicia I, Hostia Cintia, Perila, Sulpicia II, y Aconia Fabia Paulina). Cf. LÓPEZ, A. (1980). «Escritoras latinas: las prosistas». *Estudios de filología latina en honor de la profesora Carmen Villanueva Rico*. Granada, p. 47-69; (1994). *No sólo hilaron lana. Escritoras romanas en prosa y verso*. Madrid.

12. De Cornelia, la famosa madre de los Gracos, se conservan dos cartas a su hijo Tiberio. De Claudia Severa, han sobrevivido unas líneas incluídas en una carta de invitación a su amiga Sulpicia Lepidina. De la emperatriz Julia Domna se conserva en una inscripción de Éfeso el texto literal de una carta oficial, aunque en griego. Disponemos también de una carta de Paula y Eustoquia dirigida a su amiga Marcela. En cuanto a las poetisas, de Sulpicia I se conservan seis elegías; en cuanto a Sulpicia II, se conserva su producción reducida a sólo dos versos en opinión de muchos investigadores, y a setenta y dos de acuerdo con otros (que incluirían la llamada sátira de Sulpicia, composición en setenta hexámetros, publicada en dos libros distintos en el ocaso del siglo xv); finalmente, de Aconia Fabia Paulina conservamos cuarenta y un versos escritos en una de las cuatro caras de un monumento funerario familiar.

a corroborar tendencias ya observadas en la comedia. Así lo manifiesta MacClure (1995), que se ocupa del estudio de la tragedia de Eurípides. En la producción latina, no tengo constancia de ningún acercamiento específico al género trágico<sup>13</sup>. Sin duda resultaría altamente interesante estudiar la tragedia con parámetros similares a los utilizados por Adams en relación a Plauto y Terencio, en especial las nueve obras conservadas de Séneca, por su extensión, que permitirían unas conclusiones más o menos significativas. Lo mismo podría decirse, también, de las intervenciones femeninas en el *Satiricón* de Petronio o en la novela de Apuleyo.

En el estudio de la comedia latina disponemos de unos veinticuatro mil versos transmitidos con un grado de seguridad razonable pertenecientes a veintiséis obras completas, y a penas hay dudas sobre la identidad sexual del personaje que habla. Aproximadamente, una octava parte de estos versos están en boca de personajes femeninos (esto es, un 12,4% en Plauto y un 11% en Terencio). Muy desigual es la situación en la comedia griega. Así, tres comedias de Aristófanes (*Lisístrata*, *Tesmoforias*, *Las asambleistas*) alcanzan un 56,46% de promedio (no hay que olvidar que se trata de comedias protagonizadas por mujeres), mientras que las ocho restantes sólo llegan al 4,8%. En cuanto a Menandro, el conjunto de fragmentos alcanza un 8,48% de participación femenina.

En la tragedia, en cambio, si nos fijamos en las obras de Eurípides, los parlamentos de personajes femeninos y masculinos tienen aproximadamente el mismo número de versos —12.096 versos de discurso masculino frente a 11.228 de discurso femenino (MacClure, 1995: 39)—, la presencia de discurso masculino dobla la del femenino en los versos yámbicos, y la tendencia es la inversa en las monodias líricas, y en general la mitad de las intervenciones femeninas se circunscriben a partes corales.

Los recursos a los que recurría el autor dramático para caracterizar a los personajes femeninos se limitan esencialmente a juramentos, exclamaciones, formas de cortesía, interpelaciones afectivas y términos enfáticos.

### 1. Juramentos

Parece generalizada la idea de que existía un uso diferenciado de determinados juramentos en función del sexo del hablante<sup>14</sup>. Los atenienses de la época clásica tenían la costumbre de usar habitualmente juramentos y la mayoría de éstos eran usados de forma exclusiva por mujeres y hombres. En general, los hombres juraban por dioses y las mujeres por diosas, aunque hay destacables excepciones. Según el estudio de Sommerstein (1995: 65), en la comedia aristofánica sorprendente-

13. ADAMS, J.N. (1984) hace referencia a la tragedia y a otros géneros de la literatura latina, pero de forma complementaria a su estudio de la comedia de Plauto y Terencio, para corroborar un dato o contrastarlo o analizar su evolución cronológica.
14. Este tópico ha sido estudiado por NICOLSON, F.W. (1893) «The use of hercle (mehercule), edepol (pol), ecastor (mecastor) by Plautus and Terence». *HSCP* 4, p. 99 y s.; posteriormente, por GAGNER, A. (1920). *De Hercle mehercle Ceterisque Id Genus Particulis Priscaae Poesis Latinae Scaenicae*. Greifswald; ULLMANN, B.L. (1943-1944). «By Castor and Pollux». *CW* 37, p. 87-103; y BICKEL, E. (1950). *RhM* 93, p. 190-191. Y por los ya citados GUILLELAND, M. (1980), BAIN, D. (1984), ADAMS, J.N. (1984); SOMMERSTEIN, A. (1995); MACCLURE, L.K. (1995).

mente el 53% de los juramentos empleados por mujeres son por Zeus, le sigue el juramento por las dos diosas (13,6%), por Afrodita (11,1%), por Artemis (6,8%) y por Hécate/Fósforo (5,9%). En el caso de los hombres el 66% de los juramentos es por Zeus, seguido de Apolo (6,7%), Poseidón (5,1%), Deméter (5,1%), los dioses en general (5,1%), Dionisio (3,1%) y Hermes (1,5%). En el caso de Menandro, los juramentos por Zeus en boca de mujeres sólo representan un 14,2%, mientras que por las dos diosas representa un 42,8%; le sigue Afrodita con un 14,2%, y Artemis, Deméter y los dioses en general (7,1% para cada uno). En resumen, en la comedia ateniense, excepción hecha de Zeus, los juramentos por dioses están restringidos a los varones. En cambio, los juramentos por diosas no son exclusivos de las mujeres; incluso hay diosas exclusivamente reservadas a los hombres: sólo los hombres juran por Atenea y por Gea.

En la tragedia griega, al menos en Eurípides, esta discriminación no está tan definida (MacClure, 1995: 48), pero sí se advierte el predominio de la partícula *μὰ*, que sigue habitualmente a un juramento, en el discurso femenino, aunque no de forma exclusiva. Como en la comedia, los hombres suelen jurar por divinidades masculinas, y las mujeres por divinidades femeninas.

Frente a las estadísticas, resulta revelador que en Aristófanes el género de un personaje pueda ser identificado por el uso que haga de los juramentos. Así en *Las asambleístas* (155-159), cuando una mujer disfrazada de hombre sin querer utiliza el juramento típicamente femenino *μὰ τῶ θεῶ* (por las dos diosas, es decir, por Deméter y Perséfone), es recriminada por «un compañero conspirador», pues con ello se ha delatado ante el auditorio:

ΓΥ.Α' [...] «Ἐμοὶ μὲν οὐ δοκεῖ μὰ τῶ θεῶ.» / ΠΡ. Μὰ τῶ θεῶ, τάλαινα; Ποῦ τὸν νοῦν ἔχεις;

/ ΓΥ.Α' Τί δ' ἔστιν; Οὐ γὰρ δὴ πιεῖν ἤτησά σε. / ΓΥ. Μὰ Δί', ἀλλ' ἀνήρ ὢν τῶ θεῶ κατώμοσας, / καίτοι τὰ γ' ἄλλ' εἰοῦσα δεξιότατα.

De la misma forma, parece ser que en latín (al menos en autores arcaicos y clásicos) los hombres juraban por Hércules (*(me)hercle*), y las mujeres por Cástor (*(m)ecastor*) o Pólux (*pol, edepol*). Testimonio de esta circunstancia es Gelio (11.6), que dedica un capítulo entero a explicar por qué las mujeres romanas no juraban por Hércules y por qué los hombres no lo hacían por Cástor (*quod mulieres Romae per Herculem non iurauerint neque uiri per Castorem*), siendo esencialmente una cuestión de tradición y de origen religioso<sup>15</sup>.

15. Gel. 11.6: *In ueteribus scriptis neque mulieres Romanae per Herculem deiurant neque uiri per Castorem. Sed cur illae non iurauerint Herculem, non obscurum est, nam Herculeano sacrificio abstinent. Cur autem uiri Castorem iurantes non appellauerint, non facile dictu est. Nusquam igitur scriptum inuenire est apud idoneos quidem scriptores aut «mehercle» feminam dicere aut «mecastor» uirum; «edepol» autem, quod iusiurandum per Pollucem est, et uiro et feminae commune est. Sed M. Varro adseuerat antiquissimos uiros neque per Castorem neque per Pollucem deiurare solitos, sed id iusiurandum fuisse tantum feminarum ex initiis Eleusinis acceptum; paulatim tamen inscitia antiquitatis uiros dicere «edepol» coepisse factumque esse ita dicendi morem, sed «mecastor» a uiro dici in nullo uetere scripto inueniri.*

Otros autores posteriores también insisten en recordar que las mujeres juran por Cástor y Pólux, mientras que los hombres lo hacen por Júpiter o Hércules, y que un juramento típicamente femenino en boca de un hombre es un recurso habitual en la comedia para destacar el carácter afeminado del hablante<sup>16</sup>:

Don. Ter. An. 486, 3: *PER ECATOR per Castorem et Pollucem ornatiua sunt iurandi apta feminis.*

Charis. gramm. 1. 198. 18 Keil: *Edio fidio, per Iouem uel fidem filiumue Iouis Herculem. quae est iuratio propria uirorum est, ut feminarum edepol ecator eiuno. denique Titinius in Setina, malliculum adulescentulum effeminate loquentem cum reprehendere magis uellet: an, inquit, quia 'pol edepol' fabulare? edimedi [emini]. edi Titinius in baratto, 'id necessest'? respondetur 'edi' pro edius fidius.*

Si nos centramos en los datos obtenidos del estudio pormenorizado sobre la comedia latina de Adams (1984), se concluye que *ecastor* y *mecastor* son juramentos exclusivamente femeninos, tanto en Plauto como en Terencio, aunque en el primero aparece usado con mayor frecuencia. En cuanto a *pol*, se trata de un juramento predominantemente femenino, pero no exclusivo como eran *ecastor* y *mecastor*. En Plauto, las mujeres usan *pol* una vez cada 31,3 versos, mientras que los hombres lo hacen una vez cada 116,9. En Terencio las diferencias son más acusadas: *pol* aparece en boca de personajes femeninos una vez cada 14,9 versos, mientras que en boca de personajes masculinos lo hace cada 540,5. La cuestión no está tan definida en el caso de *edepol*, pues las diferencias entre Plauto y Terencio son notables. En Plauto, las mujeres usan esta expresión cada 100,8 versos, mientras que los hombres lo hacen cada 55. En Terencio, en cambio, la expresión *edepol* aparece en personajes femeninos cada 67 versos, mientras que sólo cada 415,8 es usada por personajes masculinos. ¿Cómo se explicarían estas diferencias? Adams (1984:51) argumenta la posibilidad que *edepol* fuera obsoleto en tiempos de Terencio y puesto predominantemente en boca de personajes femeninos para subrayar el carácter arcaizante o conservador típicamente atribuido a las mujeres. Un rastreo cronológico del uso de *pol* y *edepol* indica efectivamente que eran obsoletos a principios de la República, y que habían prácticamente desaparecido a finales de ésta<sup>17</sup>.

16. El hecho de tildar de «afeminada» la manera de hablar de los homosexuales contribuye a pensar todavía más en la verdadera existencia de una manera de hablar típicamente femenina. En este sentido es significativa la anécdota referida por Cicerón, según la cual, cuando el consular Q. Opimio se burló de Egilio por su carácter afeminado, éste inició su ingeniosa réplica con la expresión *pol* (*De Orat.* 2. 277: *ut, cum Q. Opimius consularis, qui adulescentulus male audisset, festiuo homini Egilio, qui uideretur mollior nec esset, dixisset, 'Quid tu, Egilia mea? quando ad me uenis cum tua colu et lana?' — 'Non pol,' inquit, 'audeo, nam me ad famosas uetuit mater accedere'*). Sobre la caracterización del discurso de los homosexuales varones, cf. *Sen. Con.* 1. 8; *Apul. Met.* 8. 26; y *Paul. Fest.* 284; para más información me remito a la recopilación de pasajes al respecto obra de HERTER, H. «Effeminatus». *RAC* 4, p. 636.
17. En efecto, no aparece ningún caso de *pol-edepol* en Séneca. Sin embargo, hay notables excepciones: en las epístolas de Horacio (1. 7. 92; 2. 2. 138) aparece en boca de varones, así como en Apuleyo (*Met.* 1. 8; 1. 24); en cambio, en algunos pasajes de Titinio (109-110), Turpilio (37), Afranio (103) y Cecilio (164) aparece en boca de mujeres.

Con todo, hay mujeres que excepcionalmente juran por Hércules. En Pl. *Cist.* 52, la cortesana Gymnasium se exclama echando mano de esta expresión (*equidem hercle addam operam sedulo*), y en Phaed. 3. 17. 8 se trata de la diosa Minerva (*mehercules narrabit quod quis uoluerit, / oliua nobis propter fructum est gratior*); en Sen. *Apoc.* 3 es Cloto, una de las tres Parcas, la que se expresa enojada en estos términos (*sed Clotho 'ego mehercules' inquit 'pusillum temporis adicere illi uolebam, dum hos pauculos, qui supersunt, ciuitate donaret*); mientras que, en Apul. *Met.* 5. 9. 6, dicha expresión aparece en boca de una de las dos hermanas de Psique, que envidian la buena fortuna de ésta.

## 2. Exclamaciones-interjecciones

En la tragedia de Eurípides pocas expresiones pueden ser consideradas exclusivas de un solo sexo. Ahora bien, algunas de ellas tienden a ser usadas con preferencia por uno u otro sexo. Según se desprende del análisis de MacClure (1995:42), en Eurípides hay interjecciones exclusivamente femeninas (οἶ), preferentemente femeninas (ἔ, ἔ, ἰώ, ναί, ὤ, ὠή), exclusivamente masculinas (παπαί) y preferentemente masculinas (ἔα, εἶα). Una construcción habitual es el uso de una interjección seguida de un sustantivo en genitivo indicando la causa del sufrimiento. Puesto que esta construcción aparece a menudo en pasajes de lamentación lírica, no es sorprendente que aparezca con mayor frecuencia en boca de personajes femeninos, que son los que acaparan gran parte de estos pasajes en Eurípides. Es probable que la mayoría de interjecciones de la tragedia estuvieran tomadas del lenguaje del lamento ritual, un tipo de discurso esencialmente bajo el control de las mujeres en la antigua Grecia.

Los estudios de la comedia griega antigua y nueva se centran en la interjección αἶ, exclusivamente femenina (ocasionalmente aparece en boca de personajes masculinos, pero imitando el discurso femenino), acompañada a veces por adjetivos como τάλας.

En el ámbito de la comedia latina, destacan la interjección *au* y la combinación de *ei*, *uae* o *heu* con el adjetivo *miser/a*. En lo referente a *au*, diremos que se trata de una expresión exclusivamente femenina<sup>18</sup> que aparece una vez en Plauto (*Stich.* 259), diez en Terencio, un par en Afranio (97; 103) y una en Petronio (67.13). La combinación *ei* + *miser* era exclusivamente masculina en Plauto y Terencio, mientras que *uae* y (*e*)*heu* + *miser* aun siendo predominantemente masculina también era usada por mujeres. *Ei* debió decaer a finales de la República, pues se convirtió en un poeticismo y perdió entonces su carácter exclusivamente masculino<sup>19</sup>.

18. Cf. Don. Ter. *Eu.* 899: *au interiectio est perturbatae mulieris*; An. 751; *Eu.* 680; ADAMS, J.N. (1984: 54); HOFMANN, J.B. (1958). *El latín familiar*. Madrid, p. 19 —trad. de J. Corominas del original (1926). *Lateinische Umgangssprache*. Heidelberg —, dice «en su calidad de grito de dolor inarticulado» (Prisc. *Gramm.* III 91, 4). «AU» es marcadamente vulgar y excepto en el tardío *Carm. epigr.* 516, 4 sólo lo emplean las mujeres.

19. En efecto, en Propertio (l. 3. 38) es Cintia quien usa esta expresión, en Ovidio (*Ep.* 2. 106) es Filis y en Séneca (*Her. O.* 1784) Alcmena.

### 3. Formas de cortesía

Una de las manifestaciones más claras del discurso femenino en general — incluso corroborado en estudios sobre lenguas modernas<sup>20</sup> — es el uso de formas de cortesía. En latín, algunos verbos eran usados simplemente para atenuar un imperativo o una pregunta. Ya Donato (Ter. *Eu.* 656, 1) destacó que la expresión *amabo* aparece a menudo en el discurso femenino: ‘*mea*’ et ‘*mea tu*’ et ‘*amabo*’ et *alia huiuscemodi mulieribus apta sunt blandimenta*.

Este uso no sólo es más habitual en boca de personajes femeninos, sino que la forma de cortesía varía en función del sexo del hablante. El análisis de recurrencia de las formas *obsecro*, *quaeso* y *amabo* en Plauto y Terencio (Adams, 1984:65) determina que en el discurso masculino encontramos un modificador cada 89 versos en Plauto y uno cada 80,7 en Terencio, mientras que en el discurso femenino la proporción es de uno cada 16,6 versos en Plauto y uno cada 14,3 en Terencio. Cuando las citadas formas actúan de atenuantes de un imperativo, las diferencias según el sexo del hablante son más acusadas: en el discurso femenino encontramos un ejemplo cada 37 versos en Plauto, y uno cada 35,2 en Terencio; en el masculino, uno cada 139,8 en Plauto, y uno cada 193 en Terencio.

En cuanto a la comedia de Aristófanes, Sommerstein (1995:81) destaca un desproporcionado uso de partículas adversativas que parece caracterizar en general a los personajes femeninos, partículas que pueden traducirse más o menos como «pero, por otra parte», y que tienen la misión de atenuar una afirmación o incluir un tono de disculpa ante algo que se va a decir. En las tres comedias aristofánicas protagonizadas por mujeres (*Lisístrata*, *Las asambleístas*, *Tesmoforias*), siete partículas o combinaciones de este tipo (ἄλλ’ οὖν, γε μέντοι, γε μὴν, καὶ μὲν δὴ, καὶ μὴν ... γε, καίτοι καίτοι ... γε) aparecen en veinticuatro ocasiones en labios de mujeres, frente a tres en boca de hombres. En las ocho comedias restantes, esta característica no es ni de lejos tan notable, pues sólo aparece cuatro veces en parlamentos femeninos, frente a sesenta y cinco en discursos masculinos, pero estas cifras deben calibrarse en proporción al número de versos asignados a las mujeres y a los hombres.

### 4. Interpelaciones afectivas

En la tragedia de Eurípides son frecuentes las interpelaciones afectivas —ya sea un simple vocativo (con términos familiares y adjetivos) o un vocativo en combinación con la interjección ὦ. Las diferencias no son muy significativas (MacClure, 1995: 50), pero algunas de esas expresiones podrían considerarse más recurrentes en el discurso de uno u otro sexo. Así el vocativo precedido de la interjección ὦ, fórmula que suele expresar un estado de agitación y gran emoción, lo encontramos más a menudo en el discurso femenino (5 casos cada 100 versos) que en el masculino (3,2 casos). Una fórmula de vocativo con interjección que parece favorita de los

20. Cf. COATES, J. (1990). *Women, Men and Language*. Londres-Nueva York, especialmente el capítulo «Sex Differences in Communicative Competence» (p. 96-117).

personajes femeninos es la interpelación a una parte del cuerpo (ya sea de la propia hablante o de otra persona)<sup>21</sup>. En este tipo de expresiones, el uso de superlativos, de forma particular φίλατον, seguidos de un dativo posesivo, refuerzan el tono afectivo de estas fórmulas. Con contadas excepciones<sup>22</sup>, este tipo de interpelaciones aparece en boca de mujeres o ancianos sugiriendo que expresan un estado de indefensión que no se atribuía a los varones. En el discurso masculino, en cambio, los vocativos con interjección tienen una carga negativa, de reproche o maldición (cf. Peleo dirigiéndose a Menelao en *Andr.* 590, 631, 719). Una expresión destacable es el vocativo seguido del dativo μοι, fórmula que reaparecerá como veremos en la comedia latina. Aparece escasamente en Eurípides, pero lo hace de forma exclusiva en el discurso femenino, dirigiéndose a un pariente (una madre a un hijo, por ejemplo: *Or.* 124; *Ion* 1399; *Alc.* 313).

En cuanto a este tipo de fórmulas en la comedia griega, destaca el adjetivo γλυκύς tanto en Aristófanes como en Menandro, usado tanto por hombres como por mujeres. Ahora bien, se aprecia un cambio de tono y situación en función del sexo del hablante: en los hombres denota deseo sexual (*Ar. Pax* 526; *Lys.* 872; *Th.* 1192; *Ec.* 1046; *Men. Dysk.* 669; *Epit.* 888), mientras que en las mujeres sólo expresa afecto entre ellas, hacia sus hijos o hacia un varón (*Ar. Lys.* 79; 889, 890; 970; *Ec.* 124, 241; 985; *Men. Epit.* 143, 862, 953, 989). Según Sommerstein (1995:71), es significativo que en ninguno de los dos comediógrafos griegos aparezca este adjetivo en boca de mujeres ciudadanas para dirigirse a hombres.

Tal como señala acertadamente Bain (1984:37), la forma afectiva πά(π)πας en lugar de πάτηρ es seguramente un préstamo del lenguaje infantil que reaparece en el discurso femenino. En Menandro aparece exclusivamente en boca de personajes femeninos (*Men. Mis.* 213, 248, 439; *Dysk.* 204), circunstancia que ya se encuentra en la *Odisea* (*Hom. Od.* 6. 57)

Otro término significativo es τέχνων, forma habitual en la tragedia y en el dialecto jónico, pero no en la prosa ática, que prefería otras formas como παῖς. Es habitual encontrarlo en vocativo en la comedia de Menandro, aunque más raramente en Aristófanes. Los ejemplos indican que se trata de un término preferido por ancianas cuando se dirigían a personas más jóvenes en un contexto de afecto (*Men. Georg.* 25; 63), uso connotado que también aparece en la *Odisea*, en boca de Euriclea (*Hom. Od.* 2. 363; 19. 363; 474; 492; 20. 135; 22. 420; 23. 5).

También tenemos el caso de φίλος usado con carga emocional. Predomina el uso femenino, especialmente en superlativo, tendencia que se acentúa más en Menandro que en Aristófanes.

En cuanto a la comedia latina, las interpelaciones afectivas consisten en un nombre propio o un apelativo (tipo *mater, pater, frater, leno, uxor, adulescens, ere, gnate, ...*) o un requiebro en vocativo acompañado por *mi/mea*, y tienen una mayor incidencia en el discurso femenino que en el masculino, tanto en Plauto como en

21. Ejemplos magníficos son aquellos en que Andrómaca invoca a los brazos, al olor del cuerpo de su hijo (*Tr.* 757-758), o Hécuba se refiere a las manos y a la boca de Astianax (*Tr.* 1178), y Medea (*Med.* 1074-75) al abrazo, la piel y el aliento de sus hijos.

22. E. *Alc.* 837 (el que habla es Hércules).

Terencio, circunstancia ya observada por Donato (cf. supra). En la comedia plautina, la incidencia de las interpelaciones afectivas es de una cada 23,9 versos en el discurso femenino y de una cada 102,8 en el masculino, diferencias todavía más acusadas en el caso de Terencio (los personajes masculinos echan mano de este tipo de expresiones cada 174 versos, mientras que los femeninos lo hacen cada 13,4 versos).

Otra diferencia entre hombres y mujeres es la tendencia a acompañar los vocativos con el posesivo *mi/mea*, mayor en el discurso femenino que en el masculino. Aunque Adams (1984: 70) es reticente a interpretar esta tendencia como un reflejo del uso cotidiano, no veo por qué no pueda considerarse un rasgo asociado al carácter emotivo que, aunque de forma estereotipada, se atribuía al discurso femenino.

En el latín posterior, estas formas de interpelación afectiva no eran exclusivamente femeninas. Aparecen usadas por hombres a menudo en la correspondencia de Cicerón y en la de Séneca a su amigo Lucilio<sup>23</sup>, aunque el uso de la expresión *Egilia mea* en el episodio de Egilio ya comentado supra parece indicar que este tipo de expresiones se consideraban propias del sexo femenino y que los hombres las restringían a conversaciones de una considerable intimidad o confianza. En Catulo predomina por razones obvias el uso masculino, y en la mayoría de casos se trata de interpelaciones de carácter erótico dirigidas a mujeres (5.1; 32.1; 32.2; 45.2; 75.1; 109.1; 13.1; 28.3; etc.). Y en Apuleyo, aparece indistintamente en boca de ambos sexos (2.7; 2.10; 2.18; 3.22; 5.6; 8.8; etc.).

A pesar de las ambivalencias cronológicas y de género literario, se puede concluir que las fórmulas de interpelación afectiva representaban un aspecto más del discurso femenino, que transmitían un tipo de sentimentalismo no deseable en general en la caracterización del discurso masculino.

### 5. Términos enfáticos

Por términos enfáticos se entiende aquel término vacío o casi vacío de su significado léxico y usado esencialmente para expresar sentimiento, especialmente angustia y conmiseración. En griego, acostumbra a ser expresiones formadas por adjetivos en combinación con una interjección. En griego, destaca principalmente el término *τάλας / τάλαινα* («desgraciado/a»), expresión patética asignada habitualmente al discurso femenino, aunque no de forma exclusiva (Bain, 1984:33; MacClure, 1995:45). Su caracterización como término típicamente femenino es más acusada en Menandro que en Aristófanes (Ar. *Ra.* 559; *Lys.* 910, 914; *Ec.* 124; *Pl.* 706). En vocativo, tiene una función exclamativa, reflejando autocompasión o compasión por otro. Ya los gramáticos y lexicógrafos antiguos la clasificaron como una expresión femenina<sup>24</sup> y especialmente Menandro (hasta veinte ejemplos) lo viene a corroborar (*Dysk.* 438; 591; *Epit.* 434, 439, 466, 547, 853, 970; *Mis.* 56,

23. Cf. ADAMS, J.N. (1978). «Vocatives with and without *mi*». *CQ* 28, p. 162-163.

24. Schol. *Pl. Tht.* 178e (cf. Souda v 84 Adler), *Ap.* 25c. Sobre esta expresión y su significado, cf. WILSON, J.R. (1971). «TOAMA and the Meaning of ΤΑΛΑΣ», *AJP* 92, p. 294-295.



132; etc.). En Homero, *τάλας* es también exclusivo de las mujeres (Hom. *Od.* 18. 327; 19. 68).

Otra expresión destacable es *δύσμορος / α* («desdichado/a»), que aparece en cinco ocasiones en Menandro, tres de ellas en vocativo y todas en boca de una mujer (*Epit.* 468; *Sam.* 69, 255; 370), tendencia que, en cambio, no encontramos en Aristófanes, donde no aparece nunca usado por personajes femeninos (Sommerstein, 1995: 70).

En la comedia latina destaca el adjetivo *miser(a)* usado como forma de interlocución utilizada preferentemente por las mujeres. En efecto, el adjetivo *miser(a)* es usado en Terencio prioritariamente en el discurso femenino, aunque no de forma exclusiva. Adams (1984: 73) cree que esta tendencia es fruto más del estereotipo popular sobre el comportamiento femenino que una característica discursiva real. Sin embargo, el hecho es que predomina claramente su uso femenino (una vez cada 16,7 versos atribuidos a personajes femeninos) sobre el masculino (una vez cada 120 versos). *Miser(a)* aparece en diversas posiciones: en aposición al sujeto en primera persona —donde el predominio femenino es más acusado aún (una vez cada 37,3 versos, en el caso de las mujeres, y una cada 300,3 en el de los hombres)—, en acusativo exclamativo (*me miseram*), en combinación con interjecciones y en otros casos como en dativo, en comparativo, etc. En Plauto, en cambio, no se puede hablar de *miser(a)* como una expresión típicamente femenina, aunque sí hay un cierto predominio de su uso en el discurso de las mujeres (una vez cada 119 versos, frente a una cada 315,1 en el discurso masculino). También se registra esta tendencia en la comedia de Nevio (*com.* 134), Turpilio (*com.* 113, 179, 196), Afranio (*com.* 127, 312, 394), y en la tragedia de Enio (*trag.* 202, 257), Pacuvio (*trag.* 10, 134) y Accio (*trag.* 36, 111). En cuanto a la tragedia de Séneca y la *Octavia*, no parecen dibujarse preferencias significativas de un sexo u otro por esta expresión (Adams, 1984:74), aunque sí se aprecia en el caso del adjetivo *miserandus(a)*, usado exclusivamente por personajes femeninos (*Oct.* 907, 910, 960; *Her. O.* 1552).

## V. Conclusiones

De todo lo anterior se pueden extraer dos conclusiones generales, varias de particulares y un reflexión final. En primer lugar, no hay duda de la existencia de una serie de expresiones que parecen servir como caracterizadoras del discurso femenino en la literatura dramática, algunas de las cuales —como se ha visto— también son atribuidas y atribuibles al discurso femenino en otros géneros literarios. En segundo lugar, se observa una tendencia de los dramaturgos (tanto griegos como latinos) a acumular estos marcadores del discurso femenino en ciertas ocasiones y en pocos versos, como un mecanismo de llamada de atención o de hipercaracterización, a través de la hipérbole, de una característica que el público debía reconocer de inmediato aplicable al discurso femenino.

Aunque Adams subraya que ninguno de los modismos griegos analizados por Bain parezca tener equivalente en la comedia latina, con la posible excepción de *τάλας*, esto no parece del todo exacto si valoramos en su justa medida los datos analizados en los epígrafes anteriores, pues queda manifiesto que se reproducen

mecanismos caracterizadores del discurso femenino semejantes y paralelos en una y otra lengua. Y no creo que, como argumenta Adams, las semejanzas se deban únicamente a que los dramaturgos latinos se inspiraron en las técnicas escénicas de la comedia griega nueva. Es más sencillo atribuir dichas semejanzas entre autores de lenguas y géneros diferentes a un cierto grado de mimetismo —exagerado, sujeto a las convenciones artificiales literarias, y todo lo que se quiera— respecto a la manera real de hablar de hombres y mujeres. Está claro que un dramaturgo no podía pretender caracterizar un personaje de forma verosímil e identificable por el público sin describir, copiar o inspirarse muy directamente en formas idiomáticas genuinas.